

CRISIS Y COYUNTURA CRÍTICA: LA CAÍDA DE ARBENZ Y LOS CONTRATIEMPOS DE LA REVOLUCIÓN BURGUESA¹

1. EL ACONTECIMIENTO

Cuando Jacobo Arbenz anuncia con entrecortada voz su renuncia definitiva a la Presidencia de la Nación, por la Cadena Nacional de Radiodifusión, la noche del 27 de junio de 1951, causas y efectos de una situación crítica parecieran quedar anudados para revelar, en el dramatismo de la caída, la exacta significación de la conjura. No fue aquél, el acto de renuncia, un acto de denuncia plena llevada a sus últimas consecuencias. En esa medida no fue el acto final en el que el acontecimiento llega al límite y se resuelve por sí mismo, como lo fue el suicidio de Vargas, el 24 de agosto de 1954, o el asesinato de Allende, el 11 de septiembre de 1973. No es que a la caída de Arbenz le hiciera falta su muerte, sino que aquella pecó propiamente de ambigüedad, por el contenido de su mensaje final, que sin duda paralizó las encrespadas energías del apoyo popular. Ambiguo porque solicitó el respaldo de las mayorías, próximas al asalto del poder, para su sucesor militar y

¹ Texto extraído de la *Revista Mexicana de Sociología*, año XLI, vol. XLI, No. 1, enero-marzo de 1979, pp. 297-323.

al evitar consecuentemente el esperado llamamiento para la resistencia frontal.

Aquella noche estaba teniendo éxito la primera operación que contra sucesivos gobiernos extranjeros organizó y empujó la Agencia Central de Inteligencia (CIA).² Fue esa sin duda la primera oportunidad que tuvo el gobierno norteamericano de “montar” procesos contrarrevolucionarios en América Latina. Puesta a prueba esa capacidad policíaca, diremos que la caída de Arbenz, que es también la derrota local de un movimiento de aquel país para lidiar con los movimientos progresistas en el período nacionalista, puso en evidencia la incapacidad de la política exterior de la postguerra.

Los entretelones del complot interno y de la crisis política que se fue gestando desde 1953 para trasladarse en el momento culminante, en junio del 54, al interior del ejército son menos conocidos —peor evaluados— que la crónica de la extensa campaña de descrédito y ablandamiento que en el período más álgido de la guerra fría realizó el imperialismo norteamericano.³ Hubo aquí un entrelazo de factores internos y causas externas, confundidas a medida que la crisis se fue profundizando. Hace falta un aná-

² En recientes publicaciones de un Comité Especial del Senado Norteamericano (Senate Select Committee on Intelligence) se apunta que la de Arbenz fue la primera —y exitosa— intervención de la CIA en sus actividades en el extranjero. El interés puesto por el gobierno de Eisenhower y, especialmente, por el jefe de la política exterior, John F. Dulles, excedió ciertamente la significación del problema local, la expropiación de la United Fruit Co., para convertirse, en el brutal clima de la guerra fría, en el problema de detener la penetración comunista. Un asunto de nacionalización fue convertido en un problema político-militar con la Unión Soviética.

³ Hay una extensa fuente documental sobre el tema. Pocos trabajos tan aleccionadores por su cinismo indisimulado como la tesis doctoral de R. Chakof, *Communist Toehold in the Americas: A History of Official United States Involvement in the Guatemala Crisis, 1954*, Miami, Florida State University, 1967. Así como John R. Beal, *John Foster Dulles: A Biography*, Nueva York, Harpers & Brothers, 1957; Daniel E. James, *Red Design for the Americas Guatemalan Prelude*, Nueva York, The John Day Co., 1954; Ronald Schneider, *Communism in Guatemala, 1944-54*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1963. De distinta concepción, es importante el trabajo de John Gerassi, *The Great Fear in Latin America*, Nueva York, Collier Books, 1965.

lisis detenido y con las ventajas de la distancia transcurrida para establecer la contribución de todas ellas en el acontecimiento. De ahí que la renuncia de Arbenz no pueda ser comprendida solamente ni como resultado de una profunda desmoralización personal ni como producto exclusivo y exitoso de una conspiración extranjera. Es cierto que el acontecimiento por sí mismo marca la coyuntura, pero aquél sólo se entiende en el marco de la lógica histórica de ésta. También es cierto que el hecho crítico, final, se mueve con una lógica propia, la del momento que, cuando es decisivo, señala las discontinuidades del proceso, y que muestra así la verdadera dimensión de los movimientos históricos. Así, renuncia y complot (o viceversa), o ambos y con ellos el golpe de Estado previsto como resultado de aquellos afanes, pertenecen a un proceso mayor que les presta sentido. Es la historia que se impone sobre la anécdota. O como diría mejor un historiador, la estructura que funda y otorga sentido al movimiento.

El telón de fondo lo constituye la experiencia democrática que el país empezó a experimentar en la postguerra, cuando la dictadura terrateniente del general Jorge Ubico se desploma al enfrentar, en junio de 1944, una generalizada resistencia civil de la mediana y pequeña burguesía urbana, a las que la política económica conservadora del último gobernante liberal había terminado por sofocar. La derrota de la dictadura, en junio de 1944, se completó el 20 de octubre del mismo año, cuando un triunvirato de generales viejos, herederos y representantes del peor estilo oligárquico, fueron violentamente desalojados del poder. Terminó así, casi a la mitad de este siglo, el período de la llamada *república cafetalera*, que fue como una maligna prolongación, ya decadente, del ideario liberal. Fue, sin duda, el fin de una época. Y por el curso que inmediatamente después tomaron las cosas, la búsqueda de la diversificación de la estructura económica, la renovación institucional del Estado, la emergencia política de nuevos grupos sociales, etcétera, se llamó a ese punto de arranque, y al proceso mismo, la “revolución de octubre”, imprecisa pero inevitable calificación de una etapa que en su desarrollo pudo haber tenido esa significación global.

La historia de la “revolución de octubre” (1944-1954) no ha sido hecha todavía, salvo las crónicas que siguieron al momento posterior de su derrota y que constituyen testimonios valiosos pero limitados por la exégesis o por la diatriba pero marcados siempre por la anécdota.⁴ Tal vez ese análisis ha esperado el paso del tiempo para ganar objetividad. Lo cierto es que a diestra y siniestra ella no ha existido. Los críticos anticomunistas la han juzgado como un proceso anómalo que perdió rápidamente su rumbo. Al extraviarlo, estaba condenada al fracaso, como si esa inevitabilidad estuviera dada desde dentro del proceso mismo, predeterminada a través de una necesidad suprahistórica. En tales condiciones, la caída de Arbenz y la derrota del movimiento popular son el castigo para el pecado del desorden.⁵ En la perspectiva opuesta, el éxito de la conspiración anticomunista ha sido juzgado como resultado de una imposición desde fuera, exitosa en la medida en que la violencia aplicada a un proceso significa interrupción y ruptura del mismo. Esta visión también utiliza la noción de fatalidad, pero de signo opuesto. En aquella, el pro-

⁴ Existe una numerosa bibliografía, en inglés y en español, sobre esta historia, pero que reproduce casi siempre la misma información. Son importantes los trabajos de Juan José Arévalo, *Guatemala, la democracia y el Imperio*, Montevideo, Marcha, 1954; Manuel Galich, *Por qué lucha Guatemala*, Buenos Aires, Elmner, 1956; Guillermo Toriello, *La batalla de Guatemala*, Buenos Aires, Pueblos de América, 1955 (existe una edición chilena, de la Editorial Universitaria, y una mexicana, de Cuadernos Americanos); Gregorio Selser, *El Guatemalazo: la primera guerra sucia*, Buenos Aires, Iguazú, 1961; también del mismo Guillermo Toriello, *Tras la cortina de banano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, y el de Raúl Osegueda, *Operación Guatemala \$\$\$OK\$\$*, México, América Nueva, 1957. Una información detallada de todo lo publicado sobre el caso aparece en R. Díaz Castillo, “El ‘caso Guatemala’: contribución para una bibliografía”, en *Anuario de la Universidad de San Carlos*, 11ª época, No. 5, 1974, pp. 40-62.

⁵ Cito únicamente autores guatemaltecos, aunque el grueso de los análisis críticos fue hecho por extranjeros. Véase, especialmente, los de M.E. Nájera Farfán, *Los estafadores de la democracia*, Buenos Aires, Gelm, 1956; Mario López Villatoro, *¿Por qué fue derrotado el comunismo en Guatemala?*, Ciudad de Guatemala, Liberación, 1957; J. Calderón Salazar, *Letras de la liberación*, Ciudad de Guatemala, Tipografía Nacional, 1955, y Jorge del Valle Matheu, *Un pueblo que se redime: Guatemala*, Ciudad de Guatemala, Tipografía Nacional, 1954. Más información en R. Díaz Castillo, “El ‘caso Guatemala’: contribución para una bibliografía”, *op. cit.*

ceso político de derrota a sí mismo y la coyuntura no harían sino explicar ese resultado. En este análisis, al proceso se le quiebra, y así, se le derrota. El acontecimiento es entonces distinto, original, y por ello reclama primacía en el análisis. El acontecimiento pretende explicarse por sí mismo, sin remitir a sus causas.

Los problemas para el movimiento democrático de Guatemala empezaron muy temprano, cuando superó con éxito los problemas de quién y cómo debía sustituir a la dictadura militar. Si la lucha contra Ubico fuese casi unánime expresión de la voluntad ciudadana, esa unidad empezó a erosionarse con la elección de la Asamblea Constituyente y luego con la elección presidencial. Se diría que las deserciones empezaron cuando no fue electo el candidato conservador Adrián Recinos, embajador en Estados Unidos del gobierno liberal recién caído, sino el doctor Juan José Arévalo, profesor universitario en Argentina, exiliado por aquel gobierno; Arévalo fue electo con una mayoría abrumadora, el 19 de diciembre de 1944, con un 86% del total de los votos depositados. Fue esa la primera elección libre en la historia nacional. El cumplimiento de las prescripciones de la democracia constitucional adquiere un notable sentido en un país atrasado cuya historia está excedida por dictaduras y prácticas autoritarias. Ya cuando la elección de Arbenz, seis años después, la coalición revolucionaria sólo obtuvo el 68% de los votos. En 1951, varios años de gimnasia democrática habían fatigado la escasa tolerancia cívica de la burguesía agraria, terrateniente y rentista y habían empezado a debilitar la voluntad progresista de la pequeña burguesía urbana, asalariada y consumística. Cuando Arbenz asciende a la Presidencia de la nación, el 15 de marzo de 1951, la “unidad de la familia guatemalteca”, como todavía acostumbran a recordar con reproche los ideólogos anticomunistas, se había desbaratado para siempre.

Las causas del encono interno y las que movieron la voluntad intervencionista norteamericana son varias. En otra parte de este trabajo se las resume. No importan cuáles fueron más importantes para concitar el odio de lo más atrasado de la sociedad guatemalteca y de la política exterior norteamericana, si las huelgas

de los obreros en las plantaciones de la United Fruit Company, o la emisión del Código de Trabajo, en 1947; si la expulsión del embajador Patterson por quebrantar sus deberes diplomáticos o las cuotas patronales para el Seguro Social, en 1948; o tal vez la Ley de Arrendamientos Forzosos. Pero ya en el período de Arbenz el proceso adquirió otro ritmo, y entonces la definición de las fuerzas sociales y de sus intereses enfrentados fue quedando a la vista. Hubo dos hechos que hoy en día, 25 años después, no justificarían por sí mismos ninguna intervención extranjera, pero el clima de la guerra fría y la historia antisoviética calificaron como provocación: la expropiación de las tierras de la United Fruit Company primero, y la compra de pistolas y fusiles checos en Suiza, después. Ambos, ejercicios de soberanía nacional.

Las presiones ejercidas por el gobierno norteamericano a partir de la aplicación de la Ley Agraria fueron crecientes y brutales. La X Conferencia Interamericana de Caracas, que legitimó la agresión contra Guatemala, fue parte de esa estrategia ofensiva. Así, el conflicto interno adquirió una dimensión internacional y éste comenzó a expresar abiertamente la oposición burguesa al proceso democrático. La llegada de la nave sueca *Alfhem*, con un cargamento de armas compradas en Europa al puerto guatemalteco, el 15 de mayo de 1954, sirvió para que la conspiración militar que el imperialismo venía tratando de montar se precipitara abiertamente. Hoy día se sabe que el arribo del barco extranjero a Puerto Barrios con una dotación de armas cortas compradas en Suiza y Checoslovaquia, no fue el resultado de una hábil estrategia guatemalteca que la Inteligencia norteamericana no pudo evitar. Por el contrario, conociendo la calidad limitada del armamento, los servicios de seguridad de este país lo dejaron pasar y tuvieron así el último argumento que necesitaban para terminar con las vacilaciones de algunos altos oficiales guatemaltecos.

El día 19 de junio de 1954 se reunió en el local del Estado Mayor del Ejército, el Consejo Superior de la Defensa Nacional —máximo organismo deliberativo de la institución— para conocer problemas relacionados con el armamento recién llegado al país hacía dos semanas. A sugerencia de los coroneles Carlos

Enrique Díaz, jefe de las Fuerzas Armadas, y José Ángel Sánchez, ministro de la Defensa, se decidió solicitar una entrevista al presidente Arbenz, que se efectuó en el Salón de Sesiones del Palacio Nacional el lunes 7 de junio de 1954. Según una versión,⁶ el objeto de la entrevista era pedir una explicación, por parte del Ejército, de “por qué el Partido Comunista actuaba en la cosa pública, cuando lo prohibía terminantemente el Artículo 32 de la Carta Magna de la nación”. Según otra fuente,⁷ “el alto mando del Ejército pidió una audiencia al Presidente para agradecerle por la carga de armas que había llegado de Checoslovaquia”, la que aprovecharon “para hacerle una serie de preguntas de carácter muy especial sobre el comunismo y el anticomunismo, del tipo normalmente elaborado por el FBI”.⁸ Así, durante más de cuatro horas, Arbenz y los altos jefes militares estuvieron discutiendo de política, de la crisis interna que el país vivía desde hacía meses y en la que el tema del “comunismo” había sido colocado como el problema central.

Según confesión del propio Arbenz, fue él quien solicitó a los integrantes del Consejo Superior de la Defensa que resumieran sus argumentos y juicios críticos en un cuestionario que discutirían conjuntamente con posterioridad. El memorándum presentado por la alta oficialidad del Ejército fue el último mecanismo utilizado internamente para desencadenar la conspiración. Así el cuestionario y la extensa discusión que motivó entre Arbenz y unos cien oficiales asistentes a la reunión fue, de hecho, un ultimátum que el Ejército presentaba a su jefe, el Presidente de la nación. La pregunta tercera, por ejemplo, dice: “¿Hay alguna evidencia de que la política nacional e internacional no rendirían satisfactoriamente los fines que se proponen, sin la necesidad del Partido Comunista?”⁹

⁶ Diario *El Impacto*, Ciudad de Guatemala, 25 de julio de 1954, p. 3.

⁷ Marta Cehelsky, “Habla Arbenz, su juicio histórico retrospectivo”, en *Alero*, 3ª época, No. 8, 1974, p. 122.

⁸ *Ibid.*, p. 123.

⁹ Véase, también, la pregunta novena: “¿No querría el señor Presidente apoyarse

Ni Arbenz ni los oficiales arbencistas lo entendieron así, como el penúltimo paso en el complot que venía caminando, lenta pero inexorablemente desde meses atrás, a pesar de que en síntesis el contenido último de la discusión fue una crítica directa, personalizada, a la política oficial. Además, aquel encuentro adquiriría una significación siniestra porque no se producía como un hecho aislado, como mera indisciplina interior, sino se daba en el cuadro de una abierta ofensiva del imperialismo norteamericano contra el movimiento revolucionario guatemalteco. La campaña internacional en la que participaron senadores y periodistas norteamericanos, y especialmente el secretario de Estado John Foster Dulles, cobró un vuelo inusitado. Justamente el día del encuentro militar, la Cancillería norteamericana anunció llegado el momento de celebrar una Conferencia Interamericana “a fin de considerar la situación de Guatemala de acuerdo con el Tratado de Rio de Janeiro y para adoptar una serie de ‘medidas prudentes’ para hacer frente a la creciente actividad comunista en el país centroamericano”.¹⁰

Los preparativos para la invasión desde Honduras habían dejado de ser maniobras clandestinas. De hecho, nunca lo fueron, y menos aún cuando en el mes de marzo la traición del agente de enlace Isaac Delgado, alias *Chaco*, permitió al gobierno guatemalteco acceder a importante documentación secreta, reveladora de

únicamente en el Ejército Nacional para seguir libremente la política sincera y nacionalista que se le reconoce, para no depender de los compromisos, si los hubiere, con respecto a los grupos que lo llevaron a la Presidencia para la satisfacción de egoístas?”. No obstante, era tal el ascendiente que todavía Arbenz tenía sobre sus compañeros de armas, o fue tan sofisticada la perfidia, que el primer párrafo del memo-ultimátum reconocía: “[...] la totalidad de los jefes y oficiales del Estado Mayor, de la Inspección General y de la Ayudantía General del Ejército desean hacer saber al señor Presidente de la República que cualquiera sea la línea de su política y cualquiera [sic] que sean los propósitos de la actividad gubernamental que él dirige como Jefe del Ejecutivo, lo apoyan y respaldan íntegramente y sin reservas de ninguna clase”, diario *El Impacto*, *op. cit.*, p. 4 y Marta Cehelsky, “Habla Arbenz, su juicio histórico retrospectivo”, *op. cit.*, p. 124.

¹⁰ Despacho de la AP, 7 de junio de 1954, Washington, citado por Gregorio Selser, *El Guatemalazo: la primera guerra sucia*, *op. cit.*, p. 138.

la trama.¹¹ Los repetidos llamamientos para paralizar la actividad económica y a boicotear la producción, que desde hojas volantes se solicitaba, no tuvieron eco, como tampoco los varios intentos de provocar un levantamiento interno. Sin embargo, tales hechos se sumaron a los otros que se describen más adelante, lo que obligó a que el 8 de junio el Gobierno suspendiera las garantías constitucionales como una medida de defensa interna.

El enfrentamiento de clase fue adquiriendo así una formalidad peculiar. No dejó en ningún momento de expresar la virulencia con que las clases propietarias pasaban a la ofensiva, pero por interpósita mano. Movilizada más por temores ideológicos que por agresiones a su poder material, la burguesía planteó una crisis esencialmente política en el interior del Estado, aún sin haber organizado sus propias fuerzas. Comprendiendo que es a este nivel, el de la política, y sólo aquí donde se resuelve la contradicción fundamental que es el problema de la lucha por el control y conservación del poder, la crisis se deslizó a la institución armada.

No se desarrolló la lucha política en el seno de las clases y de sus organizaciones políticas. No hubo, por así decir, presencia ni acción de masas tras la conjura reaccionaria ni en el apoyo al gobierno. El Estado quedó aislado por fuera y fracturado por dentro y la crisis se radicó en el seno del Ejército. El error de las fuerzas revolucionarias de Guatemala —inútil constatación *post festum*— fue prolongar la ilusión militarista en momentos en que la lucha de clases recrudecía. Esa confianza sin fundamento racional produjo expectativas y tácticas que giraron siempre en torno a la idea de que aquél era el “ejército de la revolución”. Pero era, solamente, el ejército de un orden burgués, entrenado

¹¹ La naturaleza de este trabajo impide hacer referencia a esta valiosa fuente documental, testimonio de la colaboración entre Somoza, de Nicaragua, el gobierno hondureño, los servicios diplomáticos y militares norteamericanos y los dos cabeillas guatemaltecos, el coronel Castillo Armas y el general Ydígoras Fuentes. En virtud de un convenio secreto y gracias a la intermediación del embajador Peurifoy, Castillo Armas sería el jefe del ejército invasor, pero Ydígoras Fuentes sería nominado presidente de Guatemala. Castillo Armas incumplió el contrato por presión de sus partidarios.

técnicamente y penetrado ideológicamente por los cuerpos norteamericanos.

Debe decirse también que los líderes del Frente Democrático Nacional¹² no quisieron en el inicio, y ya no pudieron después, trasladar enteramente el enfrentamiento político al seno de las masas y de sus organizaciones. Es probable que la agudeza de la crisis hubiera derivado fácilmente en una guerra civil, en la que sin duda alguna la burguesía habría tenido a su lado al Ejército. Acerca de lo que pudo suceder, este análisis no puede distraerse. La actualidad tiene siempre el sabor de lo accidental, y por lo tanto es valorado por el sentido común, por la conciencia inmediata de las cosas, como algo inevitable; en aquel momento, la dirigencia revolucionaria mantuvo obsesivamente el temor a repetir, en pequeño, la experiencia española. Así, se quedaron a la defensiva a pesar de tener de su lado una parte del gobierno. Las fuerzas reaccionarias intentaron desencadenar la violencia, pero no se jugaron a fondo, sabedoras de que no lo necesitaban. Confiaron y alentaron la solución del exterior, es decir, la invasión mercenaria y la presión directa de los Estados Unidos. Ambas salidas hicieron jugar al Ejército un papel decisivo.

Así, el 10 de junio, el secretario de Estado norteamericano dirigió un publicitado llamamiento a las naciones americanas “para que ayuden al pueblo de Guatemala a liberarse por sí mismo de la penetración comunista”. “Es evidente —dijo— que la intervención extranjera que llevó a la Declaración de Caracas —que condena la intervención comunista en este hemisferio— se ha hecho más pronunciada y la sumisión de uno de los Estados americanos al despotismo extranjero ha aumentado”.¹³ Siendo totalmente falso, el predicamento de Foster Dulles sólo se explica por la naturaleza agresiva y policíaca de la política exterior nor-

¹² Alianza política de los partidos democráticos, Partido Acción Revolucionaria, Renovación Nacional, Partido de la Revolución Guatemalteca, más el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista), la Conferencia General de Trabajadores y la Confederación Nacional Campesina.

¹³ Discurso de J.F. Dulles en la Reunión Anual Rotaria Internacional, difundido por AP desde Seattle (*La Nación*, Buenos Aires, 11 de mayo de 1954).

teamericana, cuya vocación de imperio se acentuó notablemente en el período de la guerra fría. Es una calumniosa afirmación por cuanto, descontada una mera declaración de intenciones, en 1953 el gobierno guatemalteco ni siquiera tuvo relaciones comerciales con la Unión Soviética. Las relaciones diplomáticas se mantuvieron en el nivel de representación geográfica (el embajador soviético en México fue anunciado por extensión, como ejerciendo funciones en Guatemala). Era inimaginable, además, en esa época, alguna forma de cooperación militar como la que impunemente exhiben hoy día, por ejemplo, una docena de países africanos. Más bien, la revolución guatemalteca resintió un atroz distanciamiento diplomático, comercial y cultural con relación a los países socialistas, de quienes no recibió ayuda de ningún tipo. Así, la “sumisión al despotismo extranjero” fue la que aplicó con desembozada energía el embajador Peurifoy, uno de los artífices internos de la conspiración crítica.

El mismo día 10 de junio, fecha de la agresiva declaración norteamericana, en un inútil esfuerzo por detener la invasión desde Honduras, la Cancillería guatemalteca propuso la firma de un pacto de amistad y no agresión a ese país, iniciativa más que retórica, rechazada de inmediato por el gobierno hondureño. Una semana después el país sería invadido desde esa frontera.

No es posible ni necesario detenerse en otros detalles de similar factura. Pero ayudará a comprender la temperatura política en ascenso, y por ello el desenlace de la crisis, un par de datos más. Una radiodifusora clandestina, de potente penetración, empezó a funcionar el 13 de mayo, en tanto que avionetas particulares distribuían propaganda anticomunista a partir del día 15, fecha en que los servicios de inteligencia norteamericanos permitieron que el armamento checoslovaco, incompleto, desembarcara en el país. Hoy en día se sabe que la radio clandestina, exitoso símbolo por lo que tiene de desafío a la autoridad, eficaz instrumento de difusión de consignas, funcionaba en una de las secciones del Templo de Esquipulas, en la frontera hondureña. Siendo el Señor de Esquipulas —un Cristo negro de la época de la Colonia— la imagen más venerada del pueblo católico guatemalteco,

la impunidad de los anticomunistas, al buscar refugio en territorio prohibido, señala sin reticencias la complicidad de la Iglesia. Un pacto mundano en el que el arzobispo Rossell se pone al servicio de la burguesía reaccionaria y de los intereses extranjeros.¹⁴

Aunque el gobierno norteamericano continuó los preparativos para realizar una nueva reunión de cancilleres americanos, al aceptar Uruguay ser la sede, fue obvio que no era por canales diplomáticos que la conspiración tendría éxito. El mismo día 16 de junio, en que Uruguay aceptó que se tratara el “caso Guatemala”, altos funcionarios del Departamento de la Marina “confirmaron que naves norteamericanas ayudadas por aviones, han establecido un servicio permanente de vigilancia en torno a Guatemala”. El bloqueo, de hecho, había empezado semanas atrás. Cuarenta y ocho horas después de esta medida precautoria, pieza menor en la estrategia global, por cuanto Guatemala no tenía ni tuvo nunca ninguna oportunidad de recibir asistencia soviética, comenzó el bombardeo desde el exterior. El 18 de junio de 1954, Guatemala fue bombardeada en varios sitios al mismo tiempo, por aviones sin identificación con bases en territorio nicaragüense; tales aviones destruyeron los tanques de petróleo en San José (el puerto más importante del Pacífico), otros volaron sobre la Ciudad de Guatemala haciendo fuego contra objetivos militares, sin bombardearlos, y otros, finalmente, en la zona de Puerto Barrios, en el Atlántico. Al informar de tales hechos, el canciller Toriello subrayó que con estos actos empezaba la “batalla de Guatemala”. El día anterior cuatro columnas mercenarias compuestas por guatemaltecos, nicaragüenses y dominicanos invadieron el país por cuatro puntos. Tales grupos venían comandados por el coronel Carlos Castillo Armas.¹⁵

¹⁴ Ya meses atrás, en enero de 1954, se realizó una fervorosa cruzada profesional en defensa de la propiedad privada, la tradición y la familia que recuerda la que 10 años después, copia y calco sin imaginación, realizaran los contrarrevolucionarios brasileños.

¹⁵ De las muchas fuentes que podrían citarse, hemos escogido un párrafo de las *Memorias* del entonces canciller británico Anthony Eden, no porque la información nuestra necesite de citas para probar su veracidad sino por el valor testimonial:

Con la invasión mercenaria y los bombardeos ocasionales, la crisis política entró en su fase definitoria. Del lado de las fuerzas revolucionarias, desde hacía dos semanas se habían comenzado a organizar, casi espontáneamente, Comités de Defensa de la Revolución, en respuesta a un llamamiento de la Confederación General de Trabajadores. Se sabe que hasta el domingo 27 de junio, día de la renuncia de Arbenz, no menos de 100.000 personas se encontraban nucleadas en estos comités, que fueron germen de una forma de participación paramilitar y política que no llegó a cristalizar. Ellos fueron particularmente importantes en las zonas rurales, donde, de hecho, en los últimos días de la crisis, pasaron insensiblemente a desempeñar funciones de vigilancia, orden y control, a veces en colaboración con, y otras tantas al margen de las operaciones de la Guardia Civil (Policía Nacional). En la región de Santa Rosa y Jutiapa, en el suroriente del país, comités campesinos capturaron saboteadores y bultos con armamentos arrojados desde el aire y con el propósito de crear internamente una insurrección general.

En esta situación crítica, la respuesta popular fue siempre superior al ambiente de componenda que se desarrolló en el seno de los partidos democráticos, base de apoyo del régimen, y en la alta dirigencia del Frente Democrático Nacional. Ya el lunes 21 de junio la iniciativa de armarse y organizarse para detener la invasión y salvar al gobierno había ganado la calle, y como consigna colectiva tomó cuerpo en los sindicatos, especialmente en el medio rural y en las organizaciones estudiantiles. La urgencia práctica hizo que

“Mientras sir Winston y yo estábamos en alta mar en nuestro viaje a los Estados Unidos, comenzó la lucha en Guatemala. El 17 de junio *el país fue invadido desde Honduras* por unos 200 voluntarios mandados por Castillo Armas, oficial guatemalteco exiliado. Aunque Honduras protestaba de su inocencia, las *armas y la incursión por tierra y aire procedían de aquel país*. Se trataba de un asunto modesto, pero como el gobierno guatemalteco no tenía ningún avión, el par de aparatos con que contaban los insurgentes adquiría una importancia formidable. Las simpatías norteamericanas se inclinaban abiertamente a favor del coronel Armas”. *Marcha*, “Eden explica la Operación Guatemala”, Montevideo, 13 de mayo de 1960, citado por Gregorio Selser, *El Guatemalazo: la primera guerra sucia*, *op. cit.*, p. 155.

el entrenamiento comenzara, días atrás, por ejemplo, con el ingenuo expediente de aprender a marchar en fila. La ciudad fue vigilada de noche por comandos civiles sin armas. Pero la crisis que ya estaba instalada, paralizándolo que son los procesos normales, otorgándole a cualquier acto una significación de ruptura, hizo que tales actos sorprendieran a los propios cuadros dirigentes, y que censuraran todo lo que pudiera ser asumido por el Ejército como una provocación. ¿Qué otra cosa sino eso explica que los comités campesinos de Santa Rosa hayan tenido que entregar al Ejército casi una tonelada de armamento capturado por ellos en las haciendas de los terratenientes, y lanzados en paracaídas por los aviones que comandaba el ex segundo jefe de la Fuerza Aérea, coronel Mendoza, que traidoramente huyó del país un mes antes para ponerse al servicio de la contrarrevolución?

En este género de análisis es imprescindible deslizar una advertencia que rescate, hasta donde se pueda, la verdad histórica, que es siempre una verdad concreta. Así, la invasión mercenaria fue un hecho objetivo, como también lo fueron los descalabros sufridos por las columnas invasoras: en Gualan-Río Hondo y Puerto Barrios, donde fuerzas combinadas de civiles armados y miembros de la Guardia Civil (Policía Nacional) los combatieron y derrotaron. Fueron éstos los únicos actos de guerra de toda la jornada. En la región de Chiquimula, la única resistencia que encontró el grueso de la tropa invasora fue realizada por los Comités de Defensa, dirigidos por miembros del Partido Guatemalteco del Trabajo. Ahí, en el que pudo haber sido el frente de batalla decisivo, el Ejército Nacional no peleó. Arbenz había nombrado al coronel Víctor León como primer jefe de operaciones en la zona de Zacapa-Chiquimula, quien decidió pactar un “cese de fuego” con Castillo Armas. Así, facilitó que en esta última ciudad se instalara un gobierno provisional.¹⁶ No obstante, no fue la invasión mercenaria el factor más importante de la ofensiva reac-

¹⁶ La información acerca de los acontecimientos en “el frente de guerra” le fue traída a Arbenz por el coronel Anselmo Getellá, tercer jefe de operaciones del Ejército en campaña: Getellá le aseguró a Arbenz que el Ejército sólo pelearía contra el invasor si renunciaba de inmediato.

cionaria contra el movimiento democrático de Guatemala. Tuvo ciertamente un decisivo efecto psicológico. Puso a prueba, en un instante muy preciso, la voluntad de lucha del Ejército, instante decisivo en que se confronta ineluctablemente la conciencia profesional; la disciplina con la ideología, lo administrativo con lo político. La decisión de los altos jefes militares de no obedecer la orden de pelear, negación intrínseca de su razón de ser, convierte necesariamente su conducta en una conducta partidaria, sesgada, parcial. Tampoco obedecieron la orden de entregar armas a los comités cívicos que ya venían recibiendo entrenamiento en distintas partes de la ciudad capital.¹⁷

En tanto el peligro de una guerra civil empezaba a cobrar forma y la campaña internacional dirigida con personal celo por Foster Dulles continuaba azuzando el peligro soviético en Guatemala, se hizo evidente el verdadero significado del memorándum presentado a Arbenz por el Estado Mayor. Se trataba de forzar una estrategia del “paso atrás” para “salvarlo todo”. El proceso democrático podía continuar si el Presidente se desembarazaba del apoyo comunista y procedía a realizar una purga inmediata de los elementos que el Ejército consideraba hostiles. La historia posterior, como en tantos otros lugares, comprobó que cuando la lucha de clases alcanza un punto de polarización política, ella no disminuye sino cuando se vence o se capitula. Y toda capitulación empieza con una concesión. No era el Partido Comunista primero, ni Arbenz después, como lo exigieron los jefes traidores, el verdadero problema, sino el carácter progresista del proceso político desencadenado años atrás.

¹⁷ El jefe de las Fuerzas Armadas nombró al coronel Domingo Morales como jefe de los Centros de Entrenamiento Civil, y estableció siete centros de aprovisionamiento popular: en Los Cipresales (coronel Domingo Rosales España); en el Mayan Golf Club (coronel Marco Antonio Soto); en el Campo de Marte (coronel Manuel T. Natareno); en el Campo Elgin (coronel Alfredo Gálvez); en el Hospital Roosevelt (coronel Ignacio Soto); en el Hipódromo del Norte (coronel Guillermo Pereira) y en la Finca Bárcenas, Escuela de Agricultura (coronel Manuel G. Samayoa). La última semana de junio deberían quedar organizados y armados los primeros 5.500 civiles.

En esa semana, la crisis, que como toda crisis era esencialmente política, reveló en la anécdota su dimensión total. Los militares reaccionarios pedían la ilegalización del Partido Guatemalteco del Trabajo, el encarcelamiento inmediato de todos sus dirigentes, así como la detención y el juicio de los cuadros sindicales, campesinos y estudiantiles más importantes, y otras medidas normalizadoras. Arbenz rechazó una y otra vez la imposición de tales medidas, que le fueron primero sugeridas en el ya mencionado memorándum, luego planteadas por los coroneles Parinello (jefe del Estado Mayor del Ejército) y Donis Koestler (secretario del Consejo Superior de la Defensa) y finalmente exigidas, en un brutal abandono de las formalidades diplomáticas, por John E. Peurifoy, Embajador norteamericano. La claridad de tales pretensiones hizo tambalear la estructura del Frente Democrático y reveló sus inconsistencias internas y la naturaleza oportunista de muchos de sus líderes. Pero también recordó básicamente lo que es superior a la anécdota, porque pertenece a la substancia del proceso: la inmadurez del movimiento popular, la pequeñez estructural de la clase obrera, la total inexperiencia y el atraso de los campesinos, el fervor impotente de sus organizaciones; en suma, la absoluta debilidad de los factores subjetivos para avanzar, para convertir la crisis en una etapa superior del desarrollo revolucionario. Y en el meollo de esta carencia, la impotencia en que cayó el Partido Comunista, en parte como una previsible consecuencia por su vinculación casi personal con Arbenz.

Probablemente esta última consideración, el déficit subjetivo en las condiciones políticas internas, y la otra, la ruptura institucional de los jefes militares, que la moral pública califica como traición, turbaron el ánimo de Arbenz y de toda la dirigencia civil. No todo está claro en este proceder. Pero con tal tesitura colectiva, para paralizar la conspiración interna del Ejército y asegurar la derrota de las huestes invasoras, que objetivamente nunca avanzaron más allá de la ciudad de Chiquimula, el coronel Arbenz se dispuso a renunciar. Para salvar la institucionalidad, sin embargo, la quebrantó.

El proceso crítico se desarrollaba en distintos niveles que hasta hoy la crónica periodística soltó sin poder ordenar. En primer lugar, el drama interno de un proceso vivido conflictivamente y que llevó al presidente Arbenz, fiel a sus convicciones políticas y a su compromiso público, a renunciar antes que ceder a las solicitudes del “paso atrás”. Fue una renuncia condicionada antes sin que hubiese ninguna posibilidad de garantizar su cumplimiento. Fue ése un acto esencialmente personal, aunque se sabe que en la redacción del mismo participó el ex secretario general del Partido Guatemalteco del Trabajo, José Manuel Fortuny. En segundo lugar, la movilización en el seno de las organizaciones populares, exasperadas por la percepción de su impotencia y cuyo nivel de conciencia de clase se reveló superior a su condición política. Ese ánimo colectivo no fue aprovechado consecuentemente por la dirección política del movimiento revolucionario. Aún más, las masas fueron sorprendidas con la noticia de la renuncia del Presidente y luego abandonadas a su suerte.¹⁸ En tercer lugar, el plano internacional, donde la ofensiva diplomática norteamericana impidió que el reclamo guatemalteco fuese discutido en el seno del Consejo de Seguridad. Cuando el gobierno de Arbenz recurrió a las Naciones Unidas, como víctima de una agresión exterior y de acuerdo con la Carta de ese organismo, una mayoría precaria alcanzada en el último momento decidió trasladar el “reclamo” al seno de la Organización de Estados Americanos (OEA), el 25 de junio de 1954. En la OEA se decidió, perezosamente, enviar una comisión investigadora que llegó al lugar de los hechos, la frontera bélica, cuando Castillo Armas tomaba posesión del gobierno.

Insistimos en que el problema guatemalteco se planteó y se resolvió como un asunto interno. Pero la dimensión externa que

¹⁸ La defensa casi espontánea en el oriente del país, las funciones de vigilancia y control realizadas por los comités campesinos en la región de Escuintla y San Marcos, y hasta la respuesta masiva de los estudiantes secundarios y universitarios, quedarán como testimonio de una voluntad frustrada, pero testimonio al fin de la potencialidad coyuntural de un pueblo, movilizado pero sin dirección.

protagonizó Foster Dulles en contra de la revolución guatemalteca fue decisiva.¹⁹

Resumamos: Arbenz comunicó su renuncia a la nación el domingo 27 por la noche; un día antes, por la mañana, lo hizo en presencia de los miembros de su gabinete y de los jefes militares, cuyo juramento de cumplir con las condiciones de su renuncia quedó escrito como constancia del compromiso:

1. que el Ejército continuaría la lucha contra los invasores encabezados por Castillo Armas, y
2. que se respetaría la vida y la integridad de los dirigentes políticos y sindicales.

Depositó el cargo en el jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Carlos Enrique Díaz, olvidando en su decisión al Congreso Nacional y a las organizaciones populares. Los coroneles Sánchez, ministro de la Defensa, y Monzón, ministro sin cartera, garantizaron con su firma el cumplimiento de aquel compromiso.²⁰

La crónica posterior importa, pero de otra manera. El acontecimiento llegó a su límite. El coronel Díaz declaró fuera de la ley al Partido Guatemalteco del Trabajo y proclamó la continuación de la lucha. Doce horas después fue forzado a renunciar a favor del coronel Monzón, al negarse a fusilar a los líderes políticos y sindicales que exigía Peurifoy. A su vez, y por nuevas presiones, Monzón renunció a favor de Castillo Armas, el 2 de julio. Las tropas mercenarias hicieron su ingreso a la ciudad capital el 3 de julio de 1954. Así empezó la contrarrevolución en el país. Los

¹⁹ “El fin de la guerra en Indochina, en la primavera de 1975, señaló también, tanto simbólica como literalmente, el fin de una era en la política exterior estadounidense y despejó el camino para una reconsideración del papel de Estados Unidos en el mundo, libres ya de las preocupaciones del pasado. El embrollo de Vietnam fue el punto crítico de una política que durante dos décadas hizo que los EE.UU. ejercieran una participación activa en varias zonas del mundo a fin de responder a lo que se percibía como una amenaza comunista a la seguridad nacional [...]” Samuel P. Huntington, “Más allá del aislacionismo”, en *Facetas*, vol. 9, No. 2, 1976, p. 3.

²⁰ Guillermo Toriello, *Tras la cortina de banano*, op. cit., pp. 225-227.

pormenores de este deslizamiento final importan menos que los hechos consignados, porque el resultado a cortísimo plazo fue el desmoronamiento total de la resistencia civil y el cruento cumplimiento del plan impuesto por el imperialismo norteamericano.

2. LA COYUNTURA

Con la salida del presidente Arbenz no sólo tuvo éxito la conspiración internacional que a doble flanco —la diplomacia de Foster Dulles en lo declarativo y la subversión de la CIA en lo subterráneo— movió los hilos del conflicto interno. Aquel éxito se asoció y fue posible por la ofensiva reaccionaria en el seno de la sociedad guatemalteca, por la profundidad del conflicto político y la manera como internamente se desarrollaron las contradicciones sociales.

Las clases propietarias se pusieron en movimiento arrastrando en sus propósitos a otras fuerzas sociales, decididas a terminar con lo que percibieron objetivamente como la mayor amenaza al sistema. No fue la batalla contra un gobierno sino la defensa obstinada y feroz del sistema mismo. Por ello, con la renuncia terminó un importante período de la historia política de Guatemala.

Se ha dicho, y con razón, que con la salida de Arbenz se frustró un proyecto político, una concepción teórica del desarrollo nacional, aquel que intentó combinar el crecimiento capitalista con la participación popular y la democracia política. En el espacio de 10 años, pero acusadamente en los últimos de ese período, los resultados de una voluntad modernizadora se enfrentaron con una realidad que demostró finalmente que el nacionalismo burgués es tan inexistente como imposible lo es el capitalismo nacional. El capitalismo dependiente se desarrolla en la órbita del imperialismo y bajo su control, o no hay capitalismo. Aunque así no se percibiera en la inmediatez de la derrota y ésta sólo se asumiera como el colapso coyuntural de un gobierno, en junio de 1954 se desacreditó aquel género de concepciones teóricas y políticas que suponen que el camino revolucionario pasa por el florecimiento de la sociedad capitalista y que la independencia nacional basa-

da en ese despertar puede ser alcanzada en los marcos de una sociedad dependiente. La posterior historia de América Latina no ha hecho sino reforzar —trágicamente en algunos casos— la certitud de ese destino.

La renuncia, obviamente, no explica el fracaso. Es éste el que informa la lógica de la renuncia. La intencionalidad final de las acciones políticas, como esta de la renuncia, no puede desvincularse del proceso en que se produce. Es en el terreno de las contradicciones de clase que el comportamiento individual se explica y se comprende. Otro problema, no obstante, es el hecho mismo de la retirada presidencial, que no fue sino una solución palaciega a la crisis política, cuyo cenit lo marcó la desobediencia militar. Aquel acto de confusión personal fue también la claudicación de una dirigencia, la de los partidos de izquierda y del Frente Democrático. Hubo en la perspectiva que probablemente trazaron Arbenz y sus consejeros, una sobreestimación por los jefes militares, desleales casi todos en el momento final; paralelamente, hubo también un olvido de las masas. Y la falta de confianza en ellas fue, propiamente, desconfianza. Pero ya lo hemos dicho: sería injusto y aún más, equivocado, si el análisis se limitara a lo accidental del acontecimiento y que éste, por sí mismo, calificara la coyuntura. La revolución guatemalteca, en ascenso, venía siendo minada desde tiempo atrás.

En su momento inicial, en 1944, cuando un extenso frente social unió los ánimos contra la dictadura, el movimiento sólo buscaba establecer un estado de derecho, una revalorización, en la práctica, de la democracia constitucional que como propósito sin vigencia nunca dejó de enunciar la vieja Constitución liberal de 1876. La legalidad constitucional y la convivencia democrática, en un régimen político en que lo único nuevo eran los administradores del poder, fue cuanto estaban dispuestos a tolerar los dueños del país. Pero sin duda el contenido final de aquel proceso de tan prudentes pretensiones, el destino de la “revolución de octubre”, no fue trazado solamente por los intereses de la burguesía cafetalera, a veces más rentista que exportadora y acostumbrada siempre a una práctica señorialista y servil. En la polifonía que se

entonces en la posguerra también tuvieron voz la fracción burguesa que buscaba nuevas posibilidades de acumulación en un proyecto industrial, en la diversificación y modernización agrícola, y los sectores medios de la estructura social (la pequeña burguesía urbana y los profesionales liberales, la burocracia pública y privada y otros grupos sociales intermedios) cuya emergente presencia otorgó prestancia al coro.

Pero el común denominador de 1944 se perdió rápidamente. El tremendo atraso del país —social, económico, cultural— agotó rápidamente el menguado ideario democrático-liberal de la burguesía. Las medidas reformistas del gobierno de Arévalo, tales como la importante modernización de algunas instituciones públicas, el restablecimiento de la autonomía municipal y el sufragio universal, la legislación laboral y la de seguridad social, las garantías para el ejercicio de los derechos de organización, la libertad de prensa, etcétera, todas ellas fueron medidas mal vistas y luego resistidas por la burguesía terrateniente y sus aliados. El proceso democratizador concitó enemigos muy pronto, sin que en su desarrollo se amenazaran los intereses económicos de las clases propietarias. Ya en esa época el “peligro comunista” empezaba a ser la forma ideológica como se expresarían los contenidos de la oposición de clase.

Para los líderes de la burguesía conservadora, la “revolución de octubre” extravió su camino prematuramente. Para las clases populares, por el contrario, lo encontró cuando el proceso político fue profundizándose lentamente al definirse respecto a los grandes déficit nacionales: la organización sindical y campesina, la valorización de la cultura popular, la defensa de las riquezas nacionales, la formación de una estructura industrial, la independencia nacional. La reacción se hizo anticomunista, siendo simplemente antidemocrática. Pugnaron por restablecer no un Estado fuerte, sino autoritario, capaz de regimentar las reivindicaciones de las masas, cuya tendencia a independizarse organizativamente era muy fuerte; contra el Código de Trabajo clamaron por la disciplina de la fuerza laboral y nunca entendieron ni participaron en el juego electoral, un entrevero de pasiones propicio a la anarquía.

El régimen del doctor Arévalo que se proclamaba partidario del “socialismo espiritual”, porque había sido formado en las más conservadoras tradiciones del idealismo alemán, tuvo que resistir y derrotar, uno a uno, 28 complots y golpes contra su gobierno, todos ellos con participación militar.

En el proceso político que se “desató” con el derrumbe de la dictadura fue inevitable que el liderazgo pasara a manos de una nueva generación ciudadana, de jóvenes profesionales, maestros, estudiantes universitarios y oficiales del Ejército. El rechazo casi emocional del pasado facilitó la crítica ideológica de la oligarquía. Y la carga antioligárquica favoreció la plena participación popular en la medida en que el poder oligárquico se aposentó sobre una ciudadanía inerte. Con la democratización del sistema político se crearon por primera vez en el país condiciones favorables para la organización popular. Tal vez habría que formular la observación de manera diversa. El crecimiento de la organización sindical, campesina y estudiantil fue la condición para la paulatina democratización de la vida política del país.

Así, el desplazamiento de los terratenientes del gobierno y la movilización popular en aumento crearon una situación de poder que aunque no autoriza a considerarla como un recambio a fondo del sistema de dominación política, una alteración en las bases mismas del poder, fue de hecho una ampliación de tales bases, y como al fin y al cabo el poder también es percepción subjetiva de su ejercicio, lo visible fue la presencia de la pequeña burguesía (y de los grupos medios) en la estructura administrativa del gobierno, en los cargos de representación popular, en la dirección de los partidos democráticos, en las instancias de creación y difusión de la cultura. Fueron estos grupos, a los que genérica e imprecisamente llamamos “clases medias”, los que dieron, durante el primer período, la tónica general. El “arevalismo” es, ni más ni menos, su expresión política e ideológica. El Frente Popular Libertador, primero, y el Partido Acción Revolucionaria y el Partido de la Revolución Guatemalteca (PRG), después, fueron los receptáculos de aquellas inquietudes e intereses.

El proceso revolucionario guatemalteco, con caídas y hasta antes de llegar a su Gólgota, fue definiendo su rumbo. Para unos, se radicalizó peligrosamente; a juicio de otros, profundizó su cometido y esclareció sus metas. Por eso concitó el odio de clase, afuera y adentro. Esa definición de propósitos, como se indica, estuvo llena de ambigüedades y contradicciones. Primero, fue de manera casi espontánea que lo hizo, bajo el impulso de una genérica repulsa contra ese pasado signado por el inmovilismo político, el trabajo forzado en la hacienda cafetalera, el poder despótico de base agraria, la sofocación cultural, etcétera; después, cuando intentó ser expresión de una voluntad nacional, modernizadora, progresista, liberadora. Y con relación a tales tareas, las diversas clases sociales fueron desarrollando antagonismos y conflictos cuyo final ya vimos en el momento de la crisis que derribó a Arbenz del poder.

A pesar de una fuerte dosis de ingenuidad ideológica inicial y la igualmente prematura tendencia a la corrupción burocrática y al oportunismo, fueron los cuadros y líderes de la pequeña y mediana burguesía los que inspiraron y dirigieron la política renovadora del decenio. O por las limitaciones políticas producto de su vocación al compromiso, en el caso de los grupos medios, o por percibir como amenaza real lo que solamente era un ajuste superestructural de cuentas con el pasado, con los otros, lo cierto es que en ellos se fue revelando paulatinamente el carácter vacilante de su apoyo político. Pero no fue sino en el período final, con Arbenz, que se manifestó la naturaleza contradictoria de tales grupos sociales, producto sin duda de las disímiles condiciones sociales de su existencia material.

Así, pronto se puso a prueba no sólo la consistencia pequeñoburguesa de la crítica antioligárquica, sino su misma vocación democratizadora, la vitalidad de aquella alianza con los sectores populares en la que el timón y la brújula quedaron en manos de los grupos medios. El ejercicio y disfrute del poder político hizo que en los grupos de la pequeña burguesía aflorara su conciencia burguesa, preludio de su condición futura. En perspectiva, hoy podemos decir que esa metamorfosis es algo más que una mera

opción ideológica, una cierta y real oportunidad estructural: viene a ser connatural que la burguesía pequeña aspire a ser grande, burguesía a secas, y que la substituya, primero representándola políticamente, y luego, confundándose económicamente con ella. Gracias a la “revolución de octubre” a la que combatieron, estos sectores sociales hicieron el tránsito desde el poder hacia el mercado. Suelen escucharse críticas, desde posiciones moralistas, acerca de la “traición” de estos demócratas jacobinos que a la vuelta de los años se volvieron empresarios. Pero éstos son también juicios pequeñoburgueses que olvidan justamente que hoy en día una revolución demoburguesa ya no puede hacerla la burguesía. Lo antioligárquico es proburgués en la conciencia de estas fuerzas sociales y, por ello, su inspiración modernizadora es débil y de corto plazo. Se agotó en esta experiencia aún antes de que Arbenz y el Frente Democrático plantearan su estrategia agraria y nacionalista.

La expresión de este destino, si así pudiera hablarse, la dio el Frente Popular Libertador, el gran partido arevalista y popular del primer momento, cuyo vaciamiento social sucesivo terminó por liquidarlo. El Frente Popular Libertador, la conducta política más pequeñoburguesa de aquel período —el estilo posible del profesionalismo ambicioso, del pequeño propietario y del tecnócrata oportunista—, puede ser puesto como el mejor ejemplo local de una bien conocida experiencia latinoamericana, vale decir, la naturaleza estrictamente burguesa de la alternativa política que abren, a veces con lenguaje socializante, los grupos medios y luego, de su incapacidad para formular y aplicar un proyecto autónomo de clase.

Así, la “revolución de octubre” posibilitó la integración política de los sectores medios a través o con ocasión de la movilización popular. Y ése también fue el inicio de su fortalecimiento económico-social e ideológico-cultural. En ese decurso se escindieron, como consecuencia de esa clásica oscilación entre la burguesía, clase cuyos intereses anticipan los de la pequeña burguesía, y el proletariado y los sectores populares, a los que necesitan transitoriamente como aliados políticos. En el capitalismo dependiente,

los grupos medios han sido siempre tráfugas o enemigos de la revolución. La sabiduría de una estrategia político-proletaria no podría siquiera buscar su neutralidad. Antes que eso, como lo demostró la experiencia guatemalteca, es sólo un sector minoritario, entre jacobino y marxista, el que se afilia a las posiciones más radicales del espectro ideológico.

La política económica de la “revolución de octubre” quedó plenamente definida con ocasión de la campaña electoral que llevó al coronel Jacobo Arbenz al gobierno. Todos sus discursos rebosaron claridad acerca de objetivos muy precisos, casi, diríamos, reflejando una obsesión por alcanzar, aquí y ahora, el desarrollo capitalista independiente. Al tomar posesión, el 15 de marzo de 1951, manifestó:

[...] ya di a conocer los lineamientos generales del Programa del Gobierno que me propongo realizar con la colaboración de todos los sectores democráticos, *especialmente por lo que se refiere a la política económica*. En ese documento dejé sentado que íbamos a promover el desarrollo económico de Guatemala de acuerdo con tres objetivos fundamentales:

- Primero: convertir a nuestro país de una *nación dependiente* y de economía semicolonial, en un *país económicamente independiente*.
- Segundo: transformar a nuestra nación, de un país atrasado y de *economía predominantemente feudal*, en un país *capitalista moderno*.
- Tercero: hacer que esta transformación se lleve a cabo de tal manera que traiga consigo la mayor elevación posible del nivel de vida de las grandes masas del pueblo.²¹

Como declaración de intenciones, lo citado no tendría mayor importancia si sólo se tratara de un programa electoral más.

²¹ Jacobo Arbenz, *Exposición sobre su Programa de Gobierno*, Ciudad de Guatemala, Tipografía Nacional, 1961, p. 3.

En lo declarativo, aquél era un propósito explícito de buscar el desarrollo capitalista como un acto consciente de voluntad política. Lo que otorga al Programa una significación diversa es su inmediata aplicación; los hechos posteriores fueron prueba de que intenciones y ejecuciones quedaron soldadas en una política burguesa de desarrollo nacional. Probablemente esa intención política explique la naturaleza social de la alianza de clase que Arbenz buscó siempre como apoyo electoral, primero, y como piso firme para su gestión como gobernante.

En efecto, el “Bloque de la Victoria”, como se llamó a aquella alianza electoral, estuvo compuesto por grupos partidarios que parecían reproducir coyunturalmente las recetas del mejor manual de teoría marxista. Estuvo el Partido Integración Nacional (PIN), que agrupó a industriales, comerciantes y a agricultores del occidente del país, una fracción de burguesía regional, nacionalista y modernizadora. En el extremo opuesto, el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) (comunista), que asumía la representación del proletariado y los sectores más radicales de los grupos medios. En el medio de este abanico, pero no por ello constituyendo el centro ideológico del espectro, y con la mayor presencia electoral, los partidos de la clase media: el Partido Acción Revolucionaria, el Partido de la Revolución Guatemalteca y el Partido Renovación Nacional. El programa arbencista fue, como cuerpo doctrinario, más coherente y avanzado que los de los partidos burgueses que le dieron apoyo. Los trascendió además por el vigor con que se inició su ejecución práctica. Estuvo por ello más cerca del PGT que del PIN y, en tal medida, aunque continuación del período precedente, el arbencismo prolonga y niega a Arévalo. Apoyado en aquella experiencia, el accionar del arbencismo fue más profundo al definir no solamente una política de reformas institucionales, sino un plan económico de desarrollo capitalista bajo control del Estado.

En efecto, a partir de 1951 la actividad del Estado está colmada por una vigorosa voluntad ejecutora, voluntarismo que revela sobre todo cierta urgencia por poner en marcha los mecanismos del desarrollo capitalista. No hay tiempo para madurar proyectos,

pues bien conocidas eran las causas y los efectos de la miseria y el atraso. El presidente Arbenz creyó hasta el final que la batalla se daría, en el terreno económico, un poco a la manera socialdemócrata, según la cual en la economía están todos los gérmenes —esbozados o no—, como problemas de la crisis política. Además, tomar la iniciativa en la economía le permitió ganar tiempo en lo político, lugar donde residían finalmente las debilidades de su proyecto.

Sin duda, la concepción arbencista —si pudiera calificarse así la suma de un empeño personal más las directrices programáticas del período— estaba llena de contradicciones y vacíos, pero tenía, pese a esta incoherencia, más valor político que el que exhibían los partidos de la pequeña burguesía radical. Arbenz no era un oportunista y estaba más cerca del marxismo que aquéllos. Por ello se dedicó intensamente a trabajar y dirigir la política económica. Fue esa su dedicación personal, aun antes de ser electo, especialmente en el diseño, primero, y la aplicación posterior de la reforma agraria, así como de las medidas que sin expropiar el control norteamericano de los servicios públicos básicos, pudieran debilitar o romper la dependencia impuesta por el capital extranjero. Como resultado de ese antiimperialismo sin nacionalizaciones, el Estado inició la construcción de servicios paralelos en el transporte terrestre, la electricidad, puertos y muelles, etcétera, para derrotar el monopolio extranjero en el limpio terreno de la competencia de mercado.

Dada la estructura básica del país y su atraso político y cultural, la aplicación de aquellas medidas nacionalistas, y especialmente la política agraria, definieron como núcleo de las contradicciones del momento el problema de la tierra, que es como problema final, el problema de la propiedad. La discusión del proyecto de ley durante todo el primer semestre de 1952 no dejó dudas acerca de la naturaleza de las reformas. La ley fue aprobada el 17 de junio de 1952 y sin retrasos se aplicó puntualmente. Arbenz esperaba expropiar y entregar toda la tierra afectable al terminar su período en 1957. Es justamente la característica de la política agraria y el vigor de su aplicación lo que califica en úl-

tima instancia el proceso, y lo que le da a esta revolución, como proyecto, rasgos particulares.

En primer lugar, como revolución burguesa impulsada “desde arriba”, la situación de poder, con Arbenz, expresa y se apoya necesariamente en una alianza multclasista, dirigida por la pequeña y mediana burguesías. La clase obrera, primero, y los campesinos, más tarde, surgen a la vida política en el plano de la política burguesa y condicionados por ella. La política social que benefició a las clases explotadas fue menos resultado de luchas reivindicativas que de concesiones populistas realizadas desde el Estado. La propia organización obrero-campesina sólo se amplió cuando desde arriba surgieron condiciones que la favorecieron directamente. Por eso el itinerario recorrido por la clase obrera (y los otros sectores populares) tiene que ser recalificado para no prolongar las mistificaciones de la época. El movimiento crece y se unifica en la sólida Confederación General de Trabajadores (CGTG) en octubre de 1951; en 1952 se funda la Confederación General Campesina.²²

Sin duda, se trata de dos logros notables del movimiento popular. Pero la clase obrera guatemalteca era entonces doblemente débil, por su origen social (artesanal y campesino) y por su posición política (base social de los partidos demoburgueses). El PGT no se funda sino en 1949, y su nacimiento forma parte de las bondades de la democratización burguesa. Cuando se legaliza, en 1951, actúa como si constituyera el ala izquierda del *stablishment*. Ciertamente, las clases dominadas maduran en un corto período si a su nivel de organización se suman oportunidades de liderazgo propio y estrategia acertada. Se estaba en ese trance cuando se produjo la intervención extranjera. Así, entre la experiencia populista, con Arévalo, en la que actúan como “masa de maniobra”, y su actuación semiautónoma, con Arbenz, en el

²² La CGTG llegó a tener más de 110.000 afiliados en 400 sindicatos (de fábrica) y la CNC agrupó a 200.000 campesinos. Véase J. A. Cardoza, “Remembranzas obreras a 30 años de la revolución de octubre”, en *Alero*, 3ª época, No. 8, septiembre-octubre de 1974, pp. 92-93.

seno del Frente Democrático Nacional, había transcurrido muy poco tiempo.

¿Cuál fue el papel jugado por la burguesía guatemalteca en el marco de una revolución conscientemente calificada de democrático-burguesa por el arbenismo? Hablamos de “burguesía” por la comodidad de su síntesis conceptual. Pero conviene distinguir, como ya se apuntaba páginas atrás, que la fracción agraria-terrateniente se movió casi desde el inicio de la experiencia democrática, con Arévalo en una oposición cerril. Los “señores de la tierra”, conformados por la gran piedad latifundista y las prácticas precapitalistas del colonato, el peonaje amenazado y la mediería, fueron el enemigo principal de la revolución burguesa. Por eso, con una lucidez sorprendente, el Artículo 14 de la Ley de Reforma Agraria establece que ésta “tiene por objeto liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que la originan, para desarrollar la forma de explotación y métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparan el camino para la industrialización de Guatemala”. Inmediatamente después, el Artículo 2 clava un puñal en el corazón de la oligarquía al abolir “todas las formas de servidumbre y esclavitud y por consiguiente, prohibidas las prestaciones personales gratuitas de los campesinos, mozos, colonos y trabajadores agrícolas, el pago en el trabajo del arrendamiento de la tierra, cualquiera que sea la forma en que subsistan”.²³

Las condiciones surgidas en la posguerra en el ámbito internacional y la propia política de la “revolución de octubre” favorecieron el crecimiento industrial, y así, cierta diferenciación social en el interior de la burguesía. La fracción burguesa comercial-industrial mantuvo una posición ambigua, por cuanto sus vínculos sociales, familiares y económicos, y su situación genérica de clase, tironeaban de sus intereses en sentido contradictorio. La política arbencista los asustaba políticamente, pero las nuevas orientaciones económicas expandieron objetivamente las oportunidades de

²³ *Decreto No. 900, Ley de Reforma Agraria*, Ciudad de Guatemala, Tipografía Nacional, 1952, p. 5.

ganancia. Aunque bajo control del Estado, se intentaron crear nuevas oportunidades para la acumulación de capital de esa fracción burguesa. No hubo, es cierto, tiempo ni condiciones para fortalecer los circuitos internos de acumulación capitalista a través del desarrollo industrial, pero se intentaron diversas medidas a través de las bien conocidas leyes de fomento y protección a la industria local, el crédito bancario liberal, la infraestructura de servicios, la ampliación de la demanda interna, etcétera. El embate contra la estructura agraria terrateniente y las relaciones sociales en que se apoyaba tradicionalmente formaron parte de ese repertorio de iniciativas industrializantes. Recostado en la teoría pura, el arbencismo creyó que el mercado interior sólo se forma —o lo hace de manera casi automática— “desclasando” a la formación social precapitalista. Derrotar al feudalismo para que se abra paso el crecimiento de nuevas fuerzas productivas.

Siendo el problema de la tierra —y no el de los salarios campesinos— el central, se suponía un proceso histórico social de transición al capitalismo que se apresuraba con la reforma agraria. Pero en la situación guatemalteca no era posible —ni lo es aun hoy en día— hacer la distinción *política* de carácter estructural entre terratenientes “feudales” y burgueses, ni establecer en el interior de estos últimos una fracción “nacional”. Manejando esta típica ilusión intelectual de izquierda, no se advirtió el comportamiento real de la burguesía como clase. Individualmente afectados unos y estimulados otros, apoyaron parcial e inicialmente al gobierno. Coincidencia táctica en el caso del PIN y oposición al proyecto de largo plazo, como en el caso de la Asociación General de Agricultores (AGA), lo cierto es que no se produjo el apoyo burgués como clase ni como partido. No obstante, Arbenz contó siempre con la colaboración y el apoyo de destacados empresarios burgueses que figuraron hasta el final en su Gabinete.²⁴

²⁴ El hacendado Nicolás Brol ocupó la cartera de Agricultura; el industrial Roberto Fanjul, la de Economía, y el doctor Julio Roberto Herrera, la de Salud Pública. El último canciller, Guillermo Torriello, pertenece a una de las familias económicamente más poderosas del país, etcétera.

No hubo, ciertamente, ninguna medida que directamente desfavoreciera los intereses de la fracción industrial-burguesa en formación. Pero no puede olvidarse la unidad estructural de la clase, por un lado, ni la carga ideológica y la práctica diaria de las fuerzas sociales que se pusieron en movimiento. Aun antes de las expropiaciones de tierras, la burguesía reaccionó airada —temerosa primero, y violenta después— contra la organización sindical, las huelgas y el voto independiente. Ni la clase en su conjunto ni la eventual fracción industrial vieron en todo aquel proceso una afirmación burguesa del desarrollo nacional. La burguesía ya no pudo identificarse con la revolución burguesa porque no la reconoció como tal. Era sólo un movimiento que en parte podían dirigir y aprovechar, pero que frente a la pequeña burguesía jacobina, y aún más, enfrentando a los sectores populares que pugnaban por avanzar, se les escapaba irremediablemente de las manos.²⁵

Pero una revolución que se plantea tareas burguesas en el seno de una sociedad atrasada requiere, primero que nada, de actores y métodos que sean burgueses. La relación entre clase y revolución dejó de ser una unidad que mueve la historia. Hay cierta “asincronía” de corto plazo entre el contenido de clase de un movimiento revolucionario y la naturaleza de las fuerzas políticas que lo impulsan y dirigen. Sucede que los tiempos de la actuación de las clases se acortan o desaparecen; y cuando una clase social ha resuelto a su favor las tareas históricas, su experiencia nacional facilita la de sus congéneres en otras partes.

²⁵ Un último dirigente del PGT de la época arbencista, asesinado en las calles de Ciudad de Guatemala en diciembre de 1974, escribió: “[...] el carácter de la revolución de octubre fue democrático-burgués, por cuanto intentó resolver la contradicción entre los remanentes precapitalistas y el crecimiento del capitalismo. Pero como el proceso se dio en la época del imperialismo, al profundizarse y acentuarse la dirección política del sector más avanzado de la pequeña burguesía y elevarse el papel de la clase obrera y de los campesinos pobres y medios, tenía que profundizarse junto a las tareas antif feudales, las tareas antiimperialistas, por lo que el carácter de la revolución octubrista en su etapa más progresiva tendió a ser democrático-nacional”. Humberto Alvarado Arellano, en *Alero*, 3ª época, No. 8, 1974, p. 73.

Arbenz y los grupos dirigentes del FDN creyeron firmemente en el desarrollo nacional, pero dirigido por el Estado para poder asegurar la independencia de la nación frente a los intereses norteamericanos y para poder enfrentar a los terratenientes, en lo interno. Para realizar esta tarea bifronte, Arbenz particularmente creía poder convencer o interesar a la burguesía, creándole condiciones para su desarrollo como clase a través del Estado, y al proletariado (y los sectores populares) por intermedio de la elevación de su nivel material de vida, de su organización gremial y de su integración política. Ninguno de los documentos hasta ahora conocidos permite suponer que se hubiera trazado una estrategia que fuese más allá del cumplimiento de estos objetivos. El programa nacional-burgués no contuvo tareas socialistas. Los partidos democráticos de la pequeña burguesía radical eran en última instancia, inestables y burgueses. De haberse planteado un desborde de objetivos, se habrían transformado casi todos de socialdemócratas a demócratas constitucionalistas, como los cadetes de 1917. Ni aun el programa y los documentos del PGT planteaban el socialismo sino como tarea de larguísimo plazo, responsabilidad para otra generación. “Nosotros los comunistas —afirmaba José Manuel Fortuny, secretario general del PGT— reconocemos que en razón de sus condiciones especiales, el desarrollo de Guatemala deberá realizarse por algún tiempo por la vía capitalista.”²⁶

Esa concepción de la revolución (democrático) burguesa descansa en un conjunto de supuestos teóricos y homologaciones históricas que conducen a una percepción defectuosa de la singularidad del proceso histórico latinoamericano. No afirmamos que una mala caracterización del proceso haya sido la raíz de la derrota. Pero contribuyó a la confusión de los objetivos y de las alianzas. Una vez más los conceptos primaron sobre los hechos.

²⁶ Informe sobre las actividades del Comité Central al Segundo Congreso del Partido Guatemalteco del Trabajo, diciembre de 1952. La declaración de principios de los Estatutos del Partido, indica también lo mismo.

La deformación de la óptica política radica en el reflejo magnificado de otras experiencias, de otros momentos.

Por tratarse de una “revolución desde arriba”, las llamadas *tareas democráticas* estaban resueltas.²⁷ Estaban pendientes, sin embargo, las tareas “burguesas”, que no es otra cosa que el desarrollo nacional de las fuerzas productivas, la modernización de la economía, para lo cual el sistema político tiene que facilitar y no entorpecer tal desarrollo. Pero la existencia de sobrevivencias serviles y precapitalistas en el agro frenan ese desarrollo. De ahí la necesidad de resolver, en un acto de voluntad política, la contradicción con las clases agrarias. Al desbrozar de malezas feudales el campo, florecería, cargado de potencialidades de demanda, el mercado interior, y surgirían así nuevos y más altos niveles de acumulación de capital. Pero el desarrollo así concebido entra en contradicción hoy en día con los intereses imperialistas, por cuanto el control del mercado interno es condición *sine qua non* para la consolidación nacional de la burguesía nacional. Así las tareas burguesas tenían un contenido antiterrateniente y antiimperialista.

El programa agrario de la revolución guatemalteca fue, sin duda, una reforma burguesa de la estructura agraria, pero realizada con métodos no reformistas. No debe olvidarse que uno de los propósitos de la reforma era movilizar, organizar y hacer participar en la vida política de la nación a las masas campesinas. Así, la racionalidad del reformismo queda rebasado por todos lados, pues el acto parcial se percibe como, y se convierte en un desafío global, y los objetivos limitados se satisfacen a través de métodos imprudentes: la movilización de las masas.²⁸ La experiencia pe-

²⁷ Las tareas democráticas de la Revolución Rusa, en cambio, eran decisivas. Derribar el absolutismo zarista y romper la estructura burocrática y militar para que funcionara la democracia burguesa era del interés del proletariado. Ésa era una “revolución desde abajo”, como por lo demás lo han sido hasta hoy las grandes revoluciones de la historia.

²⁸ La dirigencia revolucionaria se dividió más de una vez al considerar la naturaleza administrativa de la aplicación de la reforma agraria. Se crearon más de mil comités agrarios locales que debían denunciar tierras y participar en el trámite burocrático; pero en la base y en algunos casos no se respetaron los plazos legales y muchas tierras fueron tomadas de hecho, invadidas, lo cual produjo incluso

niana, años después, sería un ejemplo opuesto de reformas burguesas con represión popular.

No puede perderse de vista que en el ánimo de la burguesía guatemalteca en su conjunto, la expropiación de la tierra, por legal que ella fuese, constituye un acto ofensivo a su conciencia de clase propietaria. Si se piensa que hasta junio de 1954 se habían repartido 1.002 haciendas con una extensión de 1,9 millones de hectáreas, y que sólo en el mes de febrero de ese año habían sido expropiadas 100.000 hectáreas, el temor de que se desencadenara un proceso anticapitalista reflejaba un peligro real para tales clases.²⁹

Las previsiones programáticas no contabilizaron lo que el Censo de 1951 sacó a flote: que el más grande y despreocupado terrateniente, símbolo de la geofagia más absoluta, era precisamente un propietario extranjero. La United Fruit Co. apareció ocupando el primer lugar en el *ranking* terrateniente, al monopolizar tanta tierra como la que, en el extremo opuesto, tenían 153.000 campesinos guatemaltecos. Así, el objetivo antiterrateniente se fundió con el antiimperialista al serle expropiada a la United Fruit Co., 392.950 acres.³⁰ El gobierno norteamericano, 21 días

conflictos cruentos entre campesinos. Uno de los principales instigadores de estos métodos provocadores, que repetidas veces optó por ponerlos en práctica, fue el líder obrero Carlos Manuel Pellecer, del Comité Central del PGT. Años después, con las denuncias de Philip Agee, se sabría que Pellecer era “agente de penetración” de la CIA en el movimiento revolucionario guatemalteco. Actualmente Pellecer es miembro del servicio diplomático del gobierno militar de Guatemala.

²⁹ Véase Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola de Guatemala*, Washington, Unión Panamericana, 1955. Vale la pena consignar que se trata del total de haciendas afectadas, a las que se les expropió sólo una parte, la tierra inculca. Así y todo, a la caída de Arbenz, más del 60% de las tierras privadas habían sido, de una u otra manera, o expropiadas o sometidas a juicio expropiatorio. Generalmente los análisis dan el dato de tierra “entregada” que no cubriría sino el 7% de la tierra útil del país. En todo caso, para esas fechas se había beneficiado a más de 100.000 campesinos, de los que 30.000 recibieron propiedades del Estado.

³⁰ En marzo de 1953 se expropiaron 219.159 acres en la región de Tuquisate y en febrero de 1954, 173.790 acres en la región de Izabal. Por ambas, el gobierno

después de la primera expropiación, reclamó “con preocupación por la manera en que la Ley de Reforma Agraria ha sido aplicada a las propiedades de la United Fruit Co., en Guatemala”.³¹ Con ello, los reclamos norteamericanos vigorizaron la perturbada conciencia burguesa.

Esa conciencia además había sido permeada profundamente por el anticomunismo, que fue desde mucho antes —y eso revela su naturaleza antidemocrática— la bandera ideológica de los que combatieron el Código de Trabajo, la seguridad social y el voto de los analfabetos.³²

Debe decirse para comprender la calidad de la lucha social de ese momento que la prédica anticomunista ganó no solamente el ánimo de las clases propietarias sino que alcanzó a confundir a importantes sectores populares. La “revolución de octubre” perdió su primera batalla en el terreno ideológico; se mantuvo a la defensiva al aceptar la pelea en terreno enemigo. La virtud de la prédica anticomunista —por los componentes irracionales que maneja— es que desequilibra políticamente la correlación de fuerzas sociales a favor de una visión maniquea de la sociedad. Impide cualquier posibilidad de desarrollo de conciencia de clase y con ello divide a las clases verticalmente; ese corte resulta fatal para la orientación revolucionaria porque la divisoria del campo ideológico-político se corre con un amplio margen hacia la derecha.³³

pagó 1.1, millones de dólares, de conformidad con el valor fiscal declarado de las tierras.

³¹ Texto citado parcialmente por Guillermo Toriello, *Tras la cortina de banano*, op. cit., p. 79.

³² Sólo el tremendo atraso del país podría explicar el anecdotario de esta oposición primitiva. Una gremial de médicos se opuso al seguro social, en 1947, por creer que era la socialización de la medicina; un grupo de Damas Grises, dedicadas a obras de caridad, denunció la campaña de alfabetización, emprendida por el doctor Arévalo, como campaña destinada a fomentar la lucha de clases, etcétera, etcétera, etcétera.

³³ La campaña anticomunista es expresión directa de la lucha de clases; la reacción guatemalteca logró movilizar a algunos sectores populares urbanos, algunos de ellos, próximos al lumpen. Citemos, como ejemplo, la extensa movilización

El anticomunismo nacional perturbó aun la conciencia de las filas revolucionarias. Cuando la crisis definió los campos de la revolución-contrarrevolución a la manera anticomunista, la política del “paso atrás” sumó así adeptos a la causa. Fue ésta la táctica que utilizó la ofensiva reaccionaria, para lo cual contó con las vacilaciones en el seno de los partidos revolucionarios y con la permanente disposición de los jefes militares para modificar el proceso. Fue ese el sentido del ultimátum de 17 de junio, presentado como cuestionario por la oficialidad del Ejército, y finalmente ésa fue la tónica que empleó Peurifoy para doblegar la voluntad del presidente Arbenz. El Presidente resistió a todo y no cedió a las tentaciones de un “paso atrás” y del improbable futuro. Prefirió renunciar.

Hemos dicho que la lucha se dio, primero, en el terreno político e ideológico. De hecho, la contradicción mayor se radicó ahí para ratificar lo que ya es bien sabido: que toda clase es siempre política; el último análisis se expresa políticamente, por más que las determinaciones fundamentales radiquen en lo económico. El de Guatemala es un nuevo ejemplo. Las contradicciones que el proceso fue generando se hicieron determinantes cuando el poder que intenta ser un poder popular se propone alcanzar objetivos para los que no tiene fuerza. O el poder popular es lo suficientemente fuerte, y entonces, al reprimir a la burguesía, puede desatar una ofensiva anticapitalista para defenderse. O el poder popular no es lo suficientemente sólido, y entonces lo que se desencadena es una contrarrevolución, el fascismo. Las revoluciones “desde arriba” parecen olvidar que el éxito de cualquier revolución popular, como lo deduce tempranamente Marx, teniendo a la vista

del 12 de julio de 1951 para impedir que en un centro asistencial se contrataran enfermeras graduadas en vez del cuerpo de Hermanas de San Vicente de Paul, que tradicionalmente lo atendían. Esta subversión político-religiosa fue encabezada por las pequeñas propietarias de los mercados de la ciudad. El 23 de marzo de 1952, más de 50.000 personas desfilaron protestando contra la inscripción electoral del PGT y por la creación de la Central Única de Trabajadores. Véase Comisión Permanente del Primer Congreso Anticomunista Latinoamericano, *El libro negro del comunismo en Guatemala*, México, CCIS-AL, 1955, pp. 65 y ss.

la experiencia de la Comuna de París, es la derrota o la desarticulación del viejo Estado que se va a sustituir.

La virtud de la coyuntura es la transparencia de los procesos que la conforman. Es así como las clases en conflicto se desnudarán para exhibir, con crudeza, sus apetencias materiales. En la medida en que se trata de una ruptura, el voluntarismo se retira para que actúe la fuerza de las contradicciones sociales. La salida de Arbenz, en esta perspectiva, resulta ahora un hecho menor. Y en ese momento, tales fuerzas sociales actúan sobredeterminadas, además, por el nivel del desarrollo político alcanzado, por la experiencia organizativa, la tradición de luchas sociales, el peso de la cultura dominante y, muy especialmente, por la forma que adoptan las contradicciones en el exterior. La situación internacional y el papel particular del imperialismo norteamericano contribuyeron a definir el resultado de la crisis.